

HOMENAJE A DON LUIS FERNAN CISNEROS EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

(Sesión pública del 25 de noviembre de 1982)

FRAGMENTOS DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR DON ALBERTO TAURO A NOMBRE DE LA ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

Convocado por nuestro recuerdo, ha venido Luis Fernán Cisneros desde la augusta sombra donde mora. Ha venido para incitarnos a reconocer la efusión sentimental que animó su vida y supo volcar en sus versos, las fluidas estampas de hombres y hechos que lo impresionaron, el testimonio y el mensaje que bullen en sus "ecos" de la vida cotidiana. Y a través de su palabra bien temperada llegamos a fijar los discretos términos de una confidencia. Según le escuchamos: "El recuerdo es el gran poeta del espíritu, que permite contemplar las heridas pasadas sin sentir el puñal... ¿Quién no daría la vida misma por recordarla sin vivirla, porque no tuviera sino pasado y mañana?". Y con disposición semejante nos aproximamos hoy a su imagen y su verbo o sea, apartando las circunstancias dolorosas que pudo afrontar en su vida, para atender sólo a la viril reafirmación de sus afinidades y a los cautos juicios que le inspiraba la observación de la realidad. Pues prefirió

los tonos amables; cuando las situaciones pudieron inclinarlo a ser incisivo, adoptó la ironía; y para apartarse del dicitario o la diatriba destacó las pequeñas debilidades de los hombres o algún ameno rasgo de su conducta. Quizá afectó a veces una zumbona superioridad, pero nunca descendió a la malignidad. Y por eso no suscitó pasiones, ni su obra ha originado debates, ni tiene una actualidad incitante. Tal como lo quiso, su vida y sus expresiones creadoras pertenecen al pasado; son el pasado, sencillo y vibrante, animado y sugestivo; y desde esa región umbría se proyectan al futuro.

Luis Fernán Cisneros nació en París, y “entre la sombra de un brumoso día” 22 de noviembre de 1882. Allí había viajado su padre, el poeta Luis Benjamín Cisneros, mientras los azares de la guerra cernían la zozobra sobre el Perú. Y lejos del país debía cumplir una dolorosa tarea, pues, no obstante el triunfo logrado en los cálidos arenales de Tarapacá, y los ejemplares despliegues de heroísmo que los defensores de la patria prodigaron en Tacna y Arica, el enconado adversario había tomado posesión de las riquezas y las posiciones estratégicas de aquellos departamentos; y en su condición de gerente de la Compañía Salitrera del Sur, asistía el poeta a la liquidación de la que fuera próspera empresa. Volvió luego al solar nativo, pero trocada en decorosa escasez la fortuna que labró mediante dilatados esfuerzos; a su anterior auge sucedió el recato, y la penumbra al esplendor. Y evocando en sus versos la amargura que durante esos años se proyectó sobre su espíritu y determinó los tremolantes tonos de su poesía, Luis Fernán Cisneros escribió:

Mi patria es un pobre refugio terreno;
mi hogar, una humilde quietud aldeana;
mi padre, poeta; mi madre, cristiana;
tengo que ser triste, romántico y bueno...

Pero a esa adversidad se sumó la postración física, la parálisis que durante dieciseis años probó la resignación y la fortaleza anímica de Luis Benjamín Cisneros: "Una resignación a lo largo de dieciseis años, que se enuncian muy pronto pero que para él pasan minuto por minuto; y un silencio que es como densa aureola del sillón de ruedas; y un monólogo dramático que se adivina implacable en el silencio; soñó conducir triunfalmente su hogar, hasta asentarlo en serenidad, y el destino lo obliga a ser testigo mudo y maniatado de la miseria de los suyos; pero no cabe duda de que el monólogo encuentra a ratos vislumbres de consuelo, porque no en vano fue buen padre... y no en vano el corazón de los hijos está poblado de máximas que él repetía y practicaba".

A través de las vivencias que suscitó esa situación crepuscular, transida de angustias y de silencios, forjóse una hermosa identificación entre padre e hijo. Y desde una respetuosa condolencia ante el dolor paterno, se advierte cómo nace en el hijo la admiración ante las intensas estrofas que el vate inmovilizado consagró al amor y la esperanza. Y a partir de la relación afectiva emerge una comprensión cabal, que se vuelca en resonancias de fecunda proyección. En una confianza, lo dice, trémulamente, Luis Fernán Cisneros:

Hijo de poeta, yo heredé una pena
que a la poesía me ata y encadena
con pasión dormida:
yo heredé una vaga pena de la vida
que al ser de mi padre se hizo noble y buena.

Padre de mi alma, pensamiento fijo
de mi taciturna soledad: me aflijo
al pensar que es triste, queriéndote tanto,
que no te despierten en el camposanto,
padre de mi alma, los pasos de tu hijo.

Todavía, padre, mi dolor te siente
presente en mi vida y en mi hogar presente:
percibo en mi alcoba tus pasos de enfermo,
acudo a tus voces, te mimo y te duermo,
te beso en la frente.

Todavía en medio de mis aflicciones
alumbra mi suerte con sus suaves dones
la sonrisa heroica con que tú creías,
ocultando a mi alma tus melancolías,
alegrar el nido de mis ilusiones.

Tú nunca supiste que de mi flaqueza
te dí fortaleza,
vistiendo mi vida con risas de niño
que me permitían, frente a tu cariño,
recoger a solas toda tu tristeza.

Y condicionadas así sus afinidades sentimentales, no es extraño que el hijo llegara a ser un epígono del romanticismo. Que en sus recónditas tribulaciones amorosas hallara el mayor tema de inspiración, y para exaltarlas apelara a la soledad y la tristeza, el temor a la inconstancia y el olvido, y aún la pálida complicidad de la luna. Y que inclusive adoptara algunos símbolos asociados en otros tiempos a la caballeridad y el ardor del amante. Por ejemplo:

Llevando un haz de perlas yo iba por los desiertos,
jinete en dromedario, camino de la cita,
que me dió la sultana que me espera en la ermita
con sus brazos desnudos y sus besos despiertos.

¡Pon, Dios, en mi socorro tu piadosa mirada!
!Me han robado mis perlas! . . . ¡Una luz, una espada,
que voy como encendido león a recogerlas!

¡Y yo ofrezco, Cielo, porque mis pasos guíes,
teñir en sangre mora todo el collar de perlas
y llevarlo a mi dama como un haz de rubíes!

O, acogiendo el convencional orientalismo que siguieron los románticos, a la manera de Espronceda y Zorrilla, dice:

Y cuando tú, divina hurí,
te duermes ya sin un recuerdo para mí,
la mariposa de mi ideal
en tu balcón viéndote así
besa en silencio muchas veces tu cristal,
plega las alas y se duerme junto a tí.

O incide en los aires pastoriles, que apelan a la ingenuidad y la sencillez para encarecer la pureza del amor:

Una tarde, en el bosque, yo era un pastor sencillo,
perplejo ante la música temblorosa y lejana
del dulce caramillo
con que Pan se dolía de su ninfa tirana.

Y su emocionada asunción de los temas y el lenguaje del romanticismo aflora, en la poesía de Luis Fernán Cisneros, en cuanto lamenta "el dolor de vivir, que es el más triste"; o en cuanto se acoge "al amparo de la luna... que es amor, es caricia y es sudario".